
**Discurso: con ocasión de su investidura
como Doctor Honoris Causa
(25 de agosto de 1986)**

*Fabio Fournier**

Señor Rector
Señores Miembros del Senado Académico
Señores Miembros de la Junta Administrativa
Señores Profesores
Señores Alumnos
Señoras y Señores

Cuando el Sr. Rector tuvo la gentileza de visitarme en mi oficina para comunicarme que el Senado Académico me había conferido el título de Profesor Honoris Causa de esta Universidad, experimenté una de las más gratas sorpresas de mi vida.

Sinceramente, durante casi medio siglo de profesorado nunca tuve en mente que recibiría honores por mi trabajo, porque siempre ha sido satisfacción bastante en mi modesta labor educacional el estar en contacto con los jóvenes, con sus esfuerzos, sus anhelos y sus ambiciones.

Comencé muy joven, apenas graduado de Bachiller en Humanidades, a servir la Cátedra de Historia en el Liceo de Costa Rica que me confiara interinamente mi ilustre y siempre bien recordado Maestro, don Alejandro Aguilar Machado, cuando él fue nombrado Sub-Secretario de Relaciones Exteriores durante la Segunda Administración de don Cleto González Víquez.

Aquella oportunidad determinó mi futura carrera docente porque mis primeros alumnos, la mayor parte apenas menores que yo, otros de mí misma edad y aún algunos mayores, me facilitaron mi labor porque asistieron a las lecciones en un ambiente de amistad, pero también de orden y de trabajo y a la hora de calificarlos no hubo protestas cuando las notas no eran buenas.

Aquel gesto de los primeros grupos a quienes impartí lecciones dejó en mi espíritu una impresión

* Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Centro América. Deán del Colegio Santo Tomás de Aquino de la U.A.C.A. Ha sido Presidente del Colegio de Abogados de Costa Rica, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. Profesor universitario desde 1943 de Derecho Civil e Internacional Público. Exdiputado. Exembajador de Costa Rica. Actualmente es Presidente del Instituto Hispano Luso Americano de Derecho Internacional

indeleble de lo que es la generosidad y la nobleza de los jóvenes y a ello se debe que me haya conservado hasta el momento entusiasta en mi misión de maestro. Porque del aula recojo a veces más enseñanzas que las que trasmito a los muchachos y, siempre, un mayor interés por la vida.

Los griegos, en su mitología, crearon la bella leyenda de un semidios, dueño de Creta, hijo de Gea, la tierra, y de Neptuno, la deidad del mar, que en la lucha era invencible porque mantenía sus pies aferrados, enraizados en la tierra, en el cuerpo de su madre, que le transmitía su fuerza vital y el ansia de vencer.

Tal vez en esto había y hay algo más que una bella leyenda. Tal vez ella simboliza la comunión de la vida y del espíritu. La vida genera más vida y en todos los seres de la creación, aun en la materia aparentemente inerte, existe, como decía Henry Bergson, "un elan vital", un anhelo de vivir y de tener conciencia de la vida.

Por ello, quienes tratamos de comprender a los jóvenes y participamos de sus luchas, de sus angustias, de sus alegrías, nos olvidamos del correr de nuestros propios años y recogemos de esa juventud su aliento vital que estimula, rejuvenece y vivifica nuestro espíritu.

Esa ha sido la constante satisfacción que he cosechado en mis muchos años de tareas educativas.

Puestos, distinciones, cuando han llegado, los he recibido con gratitud, pero no los he buscado. En verdad nunca los pretendí, nunca me afané por conseguirlos; siempre llegaron de sorpresa.

Esta vez, de nuevo fue sorpresa. Pero sería insincero si tratara de disimular la emoción y la alegría con que recibí la noticia de mi nombramiento, porque éste me vincula y me vinculará hasta el último de mis días al más valioso proceso educativo que se haya realizado en la República, el de la creación y desarrollo de la Universidad Autónoma de Centro América.

Y afirmo lo último porque creo que nuestra Universidad constituye el paso más audaz y más trascendental que se ha dado en la historia de Costa Rica en el campo cultural, precisamente cuando se nos presenta el problema de preparar a nuestra juventud

para enfrentar los retos de la futura etapa de la civilización que se avecina.

Grandes pensadores, -filósofos, juristas y sociólogos- de las últimas décadas nos han llamado la atención sobre las transformaciones que se vienen produciendo, a paso cada vez más rápido, en el modo de vivir, de pensar y de sentir de la Humanidad, como obligada consecuencia del acelerado desarrollo científico y tecnológico que se ha producido en el siglo que está por terminar.

La historia de la cultura y de la economía de la Humanidad describe dos procesos sucesivos, que ya se han integrado, pero que han desembocado en un tercer proceso, mucho más vasto y complejo, durante el período de nuestras propias vidas.

El hombre empezó a salir de la barbarie cuando comenzó a cultivar la tierra, hace decenas de miles de años. Esa cultura agraria, que se inicia en la prehistoria y que se mantuvo en lo esencial hasta el siglo XVII, fue transformada violentamente a partir de entonces por los desarrollos sucesivos de la revolución industrial, con sus grandes invenciones mecánicas y con el descubrimiento de nuevas fuentes de energía que sustituyen a la producida por el esfuerzo físico del hombre y de algunas especies animales.

Los grandes telares de Inglaterra, las primeras locomotoras y los primeros barcos movidos a vapor, los motores de combustión interna que hicieron posible el automóvil y el avión, la energía eléctrica que dio luz al campo y la ciudad y fuerza motriz inagotable para la fábrica, crearon una nueva civilización que transformó no sólo los sistemas de vida de los hombres sino también sus modos de pensar, sus creencias y su concepción de los valores esenciales en que se funda la vida y el actuar del hombre en sociedad.

Esa revolución industrial engendro sistemas económicos que se impusieron durante más de dos siglos, desplazaron centenares de millones de hombres de las labores campesinas y los concentraron en gigantescas fábricas y en ciudades que crecían vertiginosamente. Se establecieron sistemas de trabajo rígidos, centralizados, estandarizados, dirigidos desde centros técnicos dotados de gran poder de organización y decisión. Los trabajadores se convirtieron en piezas especializadas de las fábricas para realizar tareas uniformes y tediosas, deshumanizantes. Y de esa organización industrial surgió, como obligada consecuencia, una sociedad dividida en clase, de patronos y de obreros, de explotadores y explotados.

Ese paisaje duro y sombrío de las grandes fábricas, ese cuadro de tensiones entre capitalistas y

trabajadores inspiró la obra de Karl Marx, El Capital, engendró las grandes confrontaciones ideológicas de los siglos XIX y XX, la revolución rusa de 1917 y fue una de las causas principales de las dos guerras mundiales cuyas trágicas secuelas aún afectan nuestras vidas.

Paralelamente al sistema económico que produjo la revolución industrial, al concentrar en los centros urbanos millones de familias, creó también sus propios centros de educación a semejanza de sus fábricas, escuelas gigantescas donde se nos ha venido dando una enseñanza masiva, centralizada, rígida, impersonal, a muchedumbres de estudiantes a quienes el profesor nunca llega a conocer. En ese tipo de escuelas, colegios y universidades mucho del esfuerzo del profesor se pierde o se malogra por la imposibilidad de un contacto personal entre él y sus discípulos, pues éstos no tienen ocasión de aclarar sus dudas o de pedir informaciones adicionales a sus maestros, porque éstos no tendrían tiempo para atenderlos.

PERO LA VIDA ES CAMBIO

El cuadro de la economía mundial de hace un siglo que dio origen a las teorías marxistas ha evolucionado a un ritmo cada vez más rápido en los últimos treinta años.

Como consecuencia del avance acelerado de la Ciencia, de grandes invenciones que han puesto a disposición del hombre nuevas fuentes de energía y nuevas tecnologías, han surgido sistemas de trabajo, de comunicación, de enseñanza y de adiestramiento que han elevado la capacidad intelectual de los trabajadores y con ella su condición social y pecuniaria, permitiendo a millones de ellos alcanzar una independencia económica total, que jamás pudieron concebir los economistas y politólogos del siglo XIX.

Por su parte, en los campos de la educación, de la informática, de la investigación científica, del arte, de la genética y en tantos otros, millones de mujeres y hombres, trabajando en reducidos grupos y aun individualmente, están transformando la cultura y la economía de nuestro tiempo y gestando mayores cambios cuyos resultados se verán en cualquier momento dentro de los próximos años.

Es por eso que, a la par de los gigantescos centros de educación creados la revolución industrial que quedó atrás y que aún trabajan sobre las bases de sistemas ya obsoletos, han surgido en muchas partes del mundo otros tipos de escuela.

En ellos las aulas son pequeñas, los grupos de estudiantes reducidos, pero ahí el profesor está en contacto directo con sus alumnos y unos y otros trabajan en equipos sumamente coherentes, dinámicos, solidarios, lo cual facilita al maestro su

función de enseñar y estimula en los discípulos el ansia de aprender.

Ese nuevo tipo de centros docentes, aunque parece novedoso, tiene innumerables precedentes en la historia de la enseñanza.

Dentro de sistemas semejantes dialogaban los grandes maestros de la filosofía griega con sus discípulos.

Algunos, los peripatéticos, enseñaban y aprendían paseando por los jardines del Academus, frente a la Acrópolis, bajo el limpio azul del cielo de Grecia

Siglos más tarde, en las pequeñas universidades y claustros medievales o de los comienzos de la Edad Moderna, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Vitoria, Suárez, Espinoza y tantos otros, rodeados de pequeños grupos de estudiantes, discutieron con ellos los problemas de sus épocas y de la eternidad y aquellas enseñanzas, engendradas en pequeños cenáculos, son las que continúan orientando el pensamiento de la humanidad en nuestros tiempos, porque fueron el fruto de la discusión libre, del análisis exhaustivo y riguroso de las ideas y valores en que descansa la sociedad humana.

Luego, aquellas enseñanzas trascendieron a círculos más amplios de la sociedad y difundieron el concepto de dignidad del hombre y con ello, como natural consecuencia, el de la democracia como el sistema de gobierno que puede garantizar, con mayor eficacia, el respeto de los derechos fundamentales de la persona humana. Porque es este sistema político el único que puede proclamar y consagrar el principio de la igualdad de los hombres ante la ley y el derecho irrenunciable de éstos a participar en la formación de las normas políticas y jurídicas que han de regir y orientar la vida colectiva y el derecho, también irrenunciable, de elegir a quienes han de ejercer las funciones de gobierno.

En el breve período de diez años nuestra Universidad ha recorrido una ruta que es trasunto de esa evolución de la cultura occidental.

Nació sobre la base de claros conceptos sobre la libertad que establece nuestra Constitución Política, en particular los que se refieren a la libertad de asociación para fines lícitos, a la libertad de enseñanza y a la libertad de expresión. Estructuró una federación de colegios independientes unos de otros en lo que se refiere a su gobierno interior y a sus métodos de trabajo, pero regidos todos por un estatuto común que establece los fines de la enseñanza universitaria y les exigen realizar a cabalidad aquellos fines.

Los Colegios trabajan en una sana competencia. Los cursos y las metodologías varían entre ellos, pero en todas las carreras se exigen, rigurosamente, determinados coeficientes de eficiencia.

En todos esos centros se procura tratar a cada estudiante como persona independiente, individualizada, estimulándolo a investigar por sí mismo a ser autodidacta.

Es en esa forma, buscando los mejores ejemplos de la cultura de Occidente y adaptándolos a nuestro medio, como nuestra Universidad se ha convertido en avanzada de la cruzada por la democracia en Costa Rica. Como en el lienzo intensamente dramático de Delacroix, "La libertad guiando al pueblo", en alto su bandera, se ha impuesto la tarea de cooperar con los costarricenses en la lucha por la conquista efectiva e integral de los derechos fundamentales del hombre.

Por eso es tribuna independiente desde la cual nuestros hombres de pensamiento puedan exponer, como ocurría en el Agora de Atenas, las más avanzadas ideas con la más amplia libertad.

Y así hemos visto en las semanas anteriores como desde la tribuna de esta Universidad se han expuesto tesis novedosas y valientes, saturadas de un anhelo de justicia, que reclaman la reforma o la abolición de leyes impuestas por criterios contrarios a los principios en que se basan las libertades consagradas por nuestra Constitución Política: Francisco Alvarez, Fernando Volio, Guillermo Malavassi, Eduardo Ulibarri, Alberto Di Mare, Rodolfo Piza hijo y otros han defendido desde esa tribuna ideas que, una vez expuestas no podrán ya ser reprimidas ni silenciadas y que, tarde o temprano, han de triunfar e imponerse en nuestro ambiente.

Nuestra Universidad tiene ya una impresionante lista de beneméritos desaparecidos que le dan, desde lo alto, para el futuro, su aval moral,

Luis Demetrio Tinoco
Andrés Vesalio Guzmán
Esteban López
Enrique Benavides

Ellos están aquí presentes dándole su patronazgo espiritual.

Y ella tiene ya su mística.

Hace unos días, el Dr. José Manuel Quirce, gravemente herido en un accidente automovilístico, murmuraba, semiinconsciente:

La UACA. - La UACA.

Cuando empezó a recuperar y le preguntaron en qué pensaba en aquellos trágicos momentos contestó, con débiles palabras "En la lección que no podría dar el lunes".

Así es nuestra Universidad. Porque entiendo así la función de la Universidad Autónoma de Centro América, porque estoy convencido de su misión trascendente al futuro de Costa Rica podrán ustedes apreciar cuán grande es la alegría que siento ante el honor que me confieren.

Y ya que considero ese honor desproporcionado a la modesta labor que he realizado en la enseñanza y que el saldo en mi contra es muy grande, espero, para reducirlo, poder participar por algún tiempo más, meses o años, en la cruzada por la cultura y por la superación

cívica de los costarricenses en que está comprometida la UACA. ¿Y después? Si Dios me oyera le pediría que me conceda un último favor: que cuando mis fuerzas vitales muestren ya flaqueza, me dé aún ánimo bastante para ascender hasta el solitario y enhiesto peñasco del inmortal soneto de Marchena para desde ahí, desde lo alto de la roca azotada por los vientos, poder otear el horizonte, poder otear hacia el futuro y disfrutar de la visión grandiosa, de la visión sublime de las juventudes de mi patria arrasando las últimas trincheras de la ignorancia y la ambición mezquina para completar y afianzar la libertad y la democracia en este suelo, para que Costa Rica siga siendo bastión inexpugnable de la dignidad humana.

Y entonces sí: sereno el ánimo, cerrar los ojos sintiendo aquí muy dentro, en lo más hondo, las alas del espíritu ya tensas, tendidas para el vuelo.